

# EN LOS MÁRGENES SOCIALES DE LA SALUD

*Ximo GARCIA ROCA*  
*Universidad de Valencia*

La existencia de una sociedad patógena, por donde supuran desigualdades y marginalidades y donde se condensan sufrimientos y frustraciones, plantea, en toda su radicalidad, la mayor **cuestión ética, política y religiosa** a una comunidad, que se considera sanante, en razón de su origen y de su destino.

Me propongo *mostrar e identificar* las cicatrices y desgarros, que causan la actual organización social sobre la salud y que, con tanta frecuencia, tienen efectos mortales tanto en el Sur como en el Norte. En la raíz misma del sufrimiento gratuito e innecesario está un *modelo de crecimiento*, que crea un mundo antagónico y desigual, una *ideología de la dominación*, que favorece actitudes destructivas y unos *estilos de vida*, que fomentan comportamientos que dificultan vivir de manera sana.

Intentaré igualmente *comprender* los factores sociales que determinan las condiciones de vida. Sabíamos que los **factores naturales**, en la historia de la humanidad, han sido la causa principal de las enfermedades de nuestra especie: todavía en el tercer mundo, hay enfermedades que tienen su origen en el clima, el calor, el frío; sabíamos que los **factores técnicos**, sobre todo las fuerzas productivas y el progreso de las ciencias médicas, biológicas y químicas influían sobre el estado de salud. El siglo XXI se abre con la convicción de que la salud y la enfermedad están íntimamente relacionadas con las **condiciones socio-culturales**. Así lo confirman las investigaciones sociológicas y lo testificamos quienes compartimos el pan y la palabra con los terceros y cuartos mundos.

Me propongo **señalar**, en el escaso margen que permite una ponencia, los diques que es necesario construir ante la sociedad patógena. Señalar *pleiteando* con algunas retóricas neoliberales, que consideran que la salud o la enfermedad son simples episodios orgánicos o aventuras individuales, o acontecimientos ahistóricos y también *proponiendo* círculos virtuosos y buenas prácticas que se generan en el interior de nuestra historia.

## I.- FRACTURAS DE LA GLOBALIZACIÓN Y CÍRCULOS DE MUERTE

El estado actual de la salud colectiva está íntimamente relacionada con el proceso de globalización económica, que amplía las desigualdades sociales y reparte con desigual fortuna las oportunidades de una vida sana y lograda.<sup>1</sup> En la actualidad, los excluidos de la globalización, en el Norte o en el Sur, son los seres más amenazados de la creación. Sobre ellos planean las cuatro formas de la muerte, con sus respectivos satélites: la muerte física, la muerte psíquica, la muerte legal y la muerte social, que cristalizan en una intensa geografía social, que va desde las patologías vinculadas al terrorismo hasta las que se domicilian en las fronteras de un mundo de privilegio, desde las enfermedades que se despliegan en los países orillados de los circuitos económicos hasta las que se instalan en los parados de larga duración, en personas golpeadas por la drogodependencia o en la violencia doméstica.

El nacimiento de un mundo único, que abre oportunidades a la existencia humana, está oscurecido por la globalización del sistema capitalista, que crea un mundo desigual, antagónico y desgarrado. La necesidad de acumular capital mediante la internacionalización de *la producción*, de *la mercancía* y del *capital financiero*, es hoy el principal yacimiento de una sociedad patógena.

---

<sup>1</sup> BELINGUER, G.: *Storia e politica della salute*. Franco Angeli, Milano 1991

El hecho de la globalización realmente existente crea y alimenta auténticas **fracturas sociales**, de carácter estructural, que se domicilian en la actual organización social. Especial importancia tiene la **fractura del capital con el trabajo**, y la **fractura de la humanidad con la tierra**.

La búsqueda obsesiva de beneficios ha roto el principio básico de una sociedad inclusiva: crecer para ampliar el “nosotros” humano. Lo que es bueno para el capital ha dejado de ser bueno para el trabajo. Las ganancias de los bancos o de las empresas muchas veces crecen a costa de reducir los empleos, lo que está en el origen de migraciones, xenofobias y patologías. De este modo, se ha creado un Norte global (constituido por las elites del norte y las élites del sur) frente a un sur global (de mayorías pobres, junto a un número creciente de trabajadores y trabajadoras empobrecidos y excluidos del norte). Mil trescientos millones de personas viven con un euro por día (lo que cuesta un pasaje de autobús). Una quinta parte de la población viaja en los lugares reservados a los viajeros y consumen el 80 por cien de las reservas disponibles para el viaje, y las otras cuatro partes viajan en el departamento de carga, con frío, hambre y toda clase de privaciones. La exclusión se ha instalado en el corazón mismo de la sociedad hasta invertir su orientación inclusiva.<sup>2</sup> La condición de excluido está vinculada, en primera instancia, a la existencia de una *organización* que orilla y expulsa a personas, a grupos y a pueblos. Mientras el sueño de la sociedad inclusiva postulaba que el crecimiento económico y el bienestar social incorporaría cada vez a más sectores sociales, como si viajaran en la misma dirección pero con distinta velocidad, la realidad de la exclusión puede compararse al viaje colectivo de un tren en el que los vagones que transportaban a los más vulnerables fueron desenganchados.

El actual modelo de crecimiento y las pautas de consumo que lo sostienen favorece, produce y refuerza el **daño ambiental** que afecta gravemente a las condiciones de vida y determina irreparables consecuencias para la salud, los medios de vida y la seguridad humana. La fractura con la tierra, que ha deteriorado los recursos renovables, contaminado el ambiente y degradado los suelos, influye cada vez más en las condiciones de la salud y de la enfermedad. La mayoría abrumadora de los que mueren todos los años como consecuencia de la contaminación del aire y el agua, por la desertificación, por las inundaciones y las tormentas provocadas por el recalentamiento mundial de la atmósfera, son mayoritariamente los pobres de países no industrializados. Cuando todavía no se habían cerrado las heridas del huracán MITCH, una investigación de las Universidades Centroeuropeas nos sorprendía al probar, que las 30.000 víctimas se hubieran reducido a 30 de haberse producido el huracán en el Centro de Europa. Los pobres son los que soportan el peso del daño ambiental.

### ***Muerte física y las expectativas de vida***

Lo más visible de la pobreza globalizada es que causa la muerte, es mortal, mata. Los pobres son los que mueren antes de tiempo: casi 200 millones de personas no llegarán a vivir 60 años y 15 millones de niños mueren antes de cumplir cinco días, a causa del hambre.

No me interesa tanto recordarles en este momento las cifras macro ni las estadísticas mundiales, cuanto invocar nuestra experiencia diaria, cuyas agendas chirrían con la despedida de jóvenes que murieron a destiempo. Nuestra memoria está poblada de ausencias: en el último mes - hablaré de mí mismo, por no romper otras intimidades-, hemos asistido en un barrio popular de la periferia urbana de Valencia a cuatro entierros de jóvenes golpeados por los modos patógenos de vida; no hay motivo para que mi barrio tenga una media de vida de 40 años.

Hiere y ofende que se muera hoy por haber utilizado una jeringuilla usada, pero miles y miles de jóvenes siguen muriendo; nos hiere y ofende saber que si todos tuvieran acceso a agua limpia y saneamiento básico, se salvarían todos los años *dos millones* de vidas jóvenes.<sup>3</sup>

Nos hiere y ofende ver cómo en muchos lugares del mundo se quema estiércol, leña y residuos de las cosechas dentro de las “champitas” para cocinar y, de este modo, aumentan las infecciones respiratorias.

<sup>2</sup> FOUCAULD, J.B.; PIVETEAU, D.: Une société en quête de sens, Odile Jacob 1995, pp. 144-145

<sup>3</sup> PNUD: *Informe sobre el desarrollo humano*. Madrid 1998, pp. 69-74

Nos hiere y nos ofende ver cómo las montañas de basura se convierten en el hogar de seres humanos. Una cuarta parte de la población urbana de Asia vive en tugurios, hechos de cartón y material de desecho.

Nos hiere y nos ofende ver cómo las multinacionales queman la tierra para expulsar a los pequeños campesinos y destruyen la diversidad biológica, que es el medio de vida y de producción de aquellos pobres, que no tienen acceso a otros recursos productivos.

La esperanza de vida está también sometida a fuertes, preocupantes e inadmisibles desigualdades. Si la muerte es igualmente larga para todos, la vida es desigualmente corta. El 40% de todas las muertes que se producen en América Latina afectan, como sucedía en la prehistoria, a niños menores de 5 años. Nacer en España es tener una expectativa de vida entre 76 años, para los varones y 82 años, para las mujeres; nacer en Zambia, por el contrario, es tener una expectativa entre 37 y 38 años.

### ***Muerte psíquica y sociedad desanimante***

Especial importancia tiene para una tradición sanante, observar que el decaimiento de la subjetividad acompaña, como su propia sombra, a las sociedades desanimantes, hasta llegar a afectar a los *dinamismos vitales*, ese lugar donde nacen las motivaciones personales y se cultivan las significaciones para vivir. Hay personas que han quedado atrapadas en situaciones de postración. La confianza en sí mismo, la seguridad, la capacidad de lucha, la identidad personal son las primeras energías que se pierden cuando uno se encuentra en posición de demanda absoluta.

Y con la pérdida de la confianza, se debilita el ánimo que es el nervio mismo de la vida; con la pérdida de la identidad, se pierde el propio coraje; con la pérdida de la reciprocidad, se deja de estar en condiciones de ayudarse a sí mismo. Se inicia así el largo camino que lleva a la apatía, cuando no a la autodestrucción.

Unos meses antes de morir, Enrique Moscardó, curtido en corajes y resistencias barriales, resumía la índole peculiar de la vulnerabilidad actual, diciendo: "Siento como si un peso me empujara hacia abajo... Cada vez que levanto cabeza, alguien, que no sé identificar, se encarga de quitarme las ganas y me impide salir adelante". Si intentaba recuperar a sus hermanos, que se perdieron en el interior del orfanato, se encontraba con la puerta cerrada: "No te conocemos"; si se empeñaba en trabajar por su barrio, se le agravaba su irreversible dolencia pulmonar. No se trata de un destino -aunque todo lo hace suponer-, sino de unos mecanismos que se sostienen en una especie de trayectoria.

La experiencia cotidiana nos presenta situaciones -particularmente significativas en el campo de los jóvenes- que sólo se entienden como procesos y recorridos, que sitúan "el ir cayendo" entre el estar de pie y el estar caído. Las zonas están vinculadas entre sí y sus fronteras son muy tenues. La zona de la vulnerabilidad ocupa una posición estratégica en tiempos de globalización.<sup>4</sup>

### ***Muerte legal y la ciudadanía mutilada***

La actual globalización genera también la muerte legal, que es el despojo, mediante leyes injustas, de la ciudadanía, de la capacidad de representación e incluso, de la identidad cultural. Pienso ahora en aquellos que no han conquistado todavía su reconocimiento legal o se ven sometidos a trámites inhumanos por huir de la pobreza local y del círculo de la resignación.

El sacramental de esta muerte es la emigración que llega como una "pesadilla errante". Brahim, uno de los pocos sobrevivientes del naufragio de una patera el 16 de septiembre de 1998, en nombre de todas las pateras del mundo decía "nadie puede poner fronteras a nuestra hambre"

<sup>4</sup> CASTEL, R.: *Las metamorfosis de la cuestión social*. Paidós, Buenos Aires 1997, p. 17

El conflicto migratorio está provocado por la doble desigualdad: la desigualdad que existe entre Norte-Sur y la que existe dentro del Sur. Una desigualdad entre las dos orillas, que hace que el 90% del PIB del conjunto mediterráneo se encuentre hoy día en el Norte; y la desigualdad en el seno mismo de las sociedades del Sur: nunca fue mayor la exclusión social entre capas dirigentes y población. Es esta desigualdad la que empujó a tantos inmigrantes hacia el Norte: la Lucrecia, la protomártir dominicana, solía decir que vino a España “para realizar una ilusión, un sueño, conseguir un futuro mejor, una casa, un conqué”.

Todos conocemos la gran ansiedad bajo la que viven los trabajadores migratorios mientras perdure su actual inseguridad jurídica, que hace imposible todo proyecto personal y les condena a vivir en el paréntesis de no salir del todo de su pueblo y no entrar del todo en la sociedad de acogida. Y sobre todo, los jóvenes migrantes de la segunda generación están en una situación patológica, porque ni son recibidos del todo por el país de acogida ni pueden volver al país de origen, ya que no tienen vínculos afectivos con él. Afectivamente no pueden romper con su modelo cultural de origen y tampoco les es permitido identificarse con la nueva cultura; lo cual les afecta de modo determinante en la construcción de su identidad y, por tanto, en sus relaciones familiares, escolares, sociales... es decir, en su calidad de vida.

Ayer mismo contestaba una mujer dominicana a la pregunta sobre “¿cuánto tiempo hace que no has ido a casa? -"Hace ya dos años", contestó. "¡No recordarás la cara de tu marido!". "Sí -me dijo-, están muriendo tantas cosas...!".

### ***Muerte social y la insignificancia de lo sobrante***

La globalización económica, finalmente, tiende a ocultar aquello que expulsa, a hacer invisible aquello que orilla y a hacer completamente prescindible a más de la mitad de la población mundial.

La globalización económica amenaza con convertir a millones de seres humanos en seres perfectamente innecesarios. La globalización no ha aumentado tanto la pobreza como la insignificancia.

Ha aumentado las personas y grupos que tienen sus vinculaciones sociales rotas y fragilizados los nexos relacionales; ha aumentado la presencia masiva y desafiante de la *desafiliación*; ha aumentado la ruptura de las redes familiares y vecinales, que protegían al individuo y le concedían protección, seguridad y libertad. La existencia de unos contextos fragmentados y atomizados inhabilitan para el ejercicio de las solidaridades de proximidad y les convierten, cada vez más, en individuos sin apoyos y en supernumerarios que deambulan hacia ninguna parte.

Los excluidos de hoy, como los pobres de siempre, son los insignificantes, los que no cuentan para la sociedad ni, con demasiada frecuencia, tampoco para las Iglesias cristianas.<sup>5</sup> Excluidos son los que tienen que esperar dos horas a que llegue la ambulancia; son los que tienen que trasladarse a diez kilómetros a comprar porque los mercados los han declarado insolventes; los que no son reconocidos para conseguir un minicrédito e iniciar, así, una pequeña empresa; los que no tienen capacidad para presionar... La muerte social equivale a insignificancia, a no contar socialmente; ser excluido significa no contar para nada, no ser considerado útil a la sociedad, ser descartado de la participación y, sobre todo, sentirse insignificante.

El mismo día que me diagnosticaban a mí una neumonía, se le declaraba también a Enrique: él murió; yo, no. En ciertos lugares, es tal la insignificancia que se puede morir de neumonía; o simplemente, por no disponer de una ambulancia o no contar para nadie.

### ***Círculos virtuosos***

Si la experiencia contemporánea de la enfermedad se ha puesto en relación con la fractura de una organización mundial, que orilla y expulsa a dos tercios de la humanidad, creando auténticos seísmos, que originan circuitos excluyentes, cualquier compromiso con la salud deberá crear y

<sup>5</sup> GUTIÉRREZ, G.: Renovar la opción por los pobres, en *Sal Terrae*. 983(1995), p. 680

favorecer ondas expansivas sobre la estructura misma de la sociedad <sup>6</sup>.

Ante los seísmos patológicos, estamos invitados a cultivar las tres ecologías del ser humano, como un capítulo esencial de la salud: la ecología ambiental, la ecología social y la ecología del espíritu.<sup>7</sup>

La salud humana presupone justicia de los seres humanos con la naturaleza, justicia que se despliega en una nueva cortesía con lo creado y una alianza con toda la comunidad cósmica. Después de muchos siglos de confrontación con la naturaleza, el ser humano necesita encontrar su camino de regreso a su casa común: la Tierra como Hogar. La vecindad con la naturaleza invita a actitudes de respeto y de acogida. Ante la llegada invasora de las compañías petrolíferas, decía un miembro de la comunidad indígena: “Si nos dejaran vivir, nos encargaríamos de ser los pilares entre el cielo y la tierra”. Cuando la tierra se reduce a ser un simple instrumento o un mero recurso natural, se legitima su degradación. Hemos de recuperarla como un superorganismo vivo: las piedras, las aguas, la atmósfera, la vida y la conciencia están entrelazadas entre sí, en una total inclusión y reciprocidad.

La existencia de la globalización económica exige activar *frenos de emergencia*. La globalización es hoy como esa locomotora del metro que arrancó sin conductor y fue a la deriva hasta que algunos pasajeros encontraron los *frenos de emergencia*. Es una metáfora que se construyó en torno a la Segunda Guerra mundial, cuando Walter BENJAMÍN observó que habíamos construido las maquinarias para el progreso, pero habíamos olvidado los frenos de emergencia.

Por consiguiente, el compromiso con la salud nos llevará a construir diques y frenos de emergencia con el fin de crear mejores condiciones de vida y de trabajo<sup>8</sup>, a combatir la pobreza y eliminar las desigualdades. Con lo que se gastan en cosméticos en EE.UU (6.000 M. dólares al año), se universalizaba la enseñanza en el mundo. Con lo que se gasta en animales domésticos en Europa(17.000 M. dólares) y EE.UU se podría universalizar la nutrición y salud básica. Con la cantidad que gastamos los europeos en cigarrillos (50.000 M) se universalizarían mundialmente los servicios básicos

Ante esta realidad, necesitamos recrear la solidaridad, ya no desde la ayuda de lo que nos sobra, sino del compartir lo que tenemos. No es suficiente una solidaridad por ascensión ni por distribución es necesario experimentar una solidaridad por abajamiento con aquellos que en palabras de Pedro Casaldáliga, “les está prohibida la vida”.

## II.- SOCIEDAD DE RIEGO Y TRANSFORMACIÓN DE LAS AMENAZAS

Tradicionalmente, las amenazas que pesan sobre la existencia humana han estado vinculadas a las catástrofes naturales, al azar y al destino. La naturaleza y la casualidad tenían un poder casi absoluto sobre la condición humana. Los cinco jinetes de las necesidades –la pobreza, la orfandad, la minusvalía, la enfermedad, la viudedad- no dependían de las libertades humanas, sino que eran vividos como destinos individuales y colectivos.

Las amenazas actuales, por el contrario, están vinculadas a las decisiones humanas y producidas por nosotros mismos. Para significar el fin del poder de la naturaleza y de la tradición, algunos analistas han hablado de sociedad de riesgo. (BECK) El riesgo depende de la decisión, de aquello que hacemos sobre la naturaleza, sobre todo del modelo de desarrollo basado en la industrialización y en la modernización.

### *La dinámica de los riesgos y el 11 de septiembre*

Los peligros tradicionales sufren una profunda metamorfosis. Yo mismo vengo de un país en

<sup>6</sup> GARCÍA ROCA, J.: *Contra la exclusión*. Sal Terrae, Santander 1995

<sup>7</sup> GUATTARI, F. *Las tres ecologías*. Ed. Pre.textos. Valencia 1.990 BOFF, L. Teología de la liberación y ecología.¿Alternativa, confrontación o complementariedad?, en *Concilium* 5(1.995) pp.829-841. GARAUDY, R. *Le debat du siècle*, Desclée de Brouwer, Paris 1.995

<sup>8</sup> GUIDDENS, A.: *Sociología*. Alianza Ed., Madrid 1977, p. 185

el que, bajo las amenazas de la gota fría, escondemos los atropellos a la naturaleza, el desprecio de la tierra, un modelo de crecimiento urbanístico suicida, las dificultades que tiene el agua para fluir al mar. ... Vivir en Valencia es estar sometido al peligro de las inundaciones, por desbordamientos de los ríos o por intensidad en el fenómeno de la gota fría. La naturaleza nos brinda tanto el sol intenso como la lluvia desmedida, tanto el clima benigno como el clima nefasto. Las inundaciones no pertenecen al paisaje natural sino que es un accidente social; no es un destino ni tampoco una aventura individual, como propone la ideología liberal, sino que exige un reparto de responsabilidades. Si lo primero vacía a las inundaciones de toda significación política y moral, la emergencia de los riesgos remite a la responsabilidad política ante un desarrollismo, que impide salir las aguas al mar, ante un crecimiento que puebla de autopistas el territorio o ante una política de viviendas inadecuadas.

¿Qué efectos tiene esta transformación sobre la salud humana?. Las enfermedades humanas no son fenómenos puramente biológicos, sino episodios biográficos, con una trayectoria diferenciada. Todavía recordamos las enfermedades agregadas al trabajo preindustrial; las condiciones laborales incidían decisivamente sobre la salud, con tanta evidencia que le permitió a Marx definir como “genocidio pacífico” la capacidad del capital de vampirizar la fuerza del trabajo. Recuerdo haberle oído contar a mi abuelo que, después de haber trabajado toda la jornada, sentía el sueño alterado y le perseguían las imágenes y la fatiga.

La aparición de la industria creó un nuevo modo de enfermar, cuyo paradigma fue la tuberculosis como fenómeno de masas, hasta convertirla en la enfermedad social por excelencia. Nació vinculada a las condiciones sociales de la industria incipiente, que obligaba a trabajar en horarios inhumanos, a vivir hacinados en habitaciones, a suprimir los descansos e incorporar a los niños, a manipular sustancias químicas artificiales... Vencer la tuberculosis o, al menos, hacerla retroceder, fue posible cuando se dieron dos condiciones, a finales de siglo: el descubrimiento del bacilo de KOCH, como el agente etiológico y la conquista social de una jornada laboral de ocho horas, la abolición del trabajo de los niños, el aumento de salarios y una nutrición más adecuada.

La escenificación de esta transformación ha tenido tres momentos privilegiados : Chernobil, la pandemia del SIDA y los atentados del 11 de septiembre. En los accidentes de Chernobil experimentamos la deslocalización de las amenazas nucleares y la internacionalización de los peligros; en la pandemia del SIDA aprendimos que había una causa de muerte unida a las prácticas y no a los lugares ni a los grupos poblacionales.

Los atentados a las Torres Gemelas están vinculados a la existencia de una sociedad abierta y a la acumulación histórica de odios, que no eran controlables, ni delimitados espacial y temporalmente sino que traspasan las fronteras. Estos acontecimientos han universalizado la conciencia de estar rodeados por unos riesgos, que no tienen perfil ni rostro pero que nos han domiciliado a todos en la incertidumbre y en el miedo, que hoy tiene sus sacramentales en la actividad terrorista y en la guerra biológica. El terrorismo tiene una existencia capilar, sin domicilio ni frontera, no reside en Afganistán ni tiene una geografía propia: su patria es la desilusión, la humillación y la desesperación.

### *Las patologías del miedo*

La transformación de los peligros en riesgos, que se han visualizado en la situación creada por los atentados del 11 de septiembre, ha desvelado algunos **efectos colaterales**, que serán decisivos para afrontar un compromiso con la salud. Sobre todo las patologías vinculadas al miedo, que sirvió en las sociedades tradicionales como providencia para prolongar la supervivencia, organizarse en comunidad e incluso crear alianzas para combatirlos, hoy, ese medio es la sombra inevitable de la derrota ya que asfixia los potenciales, que activan el ánimo y la confianza.

El primer efecto del 11 de septiembre, es que muere la era de la **confianza** y nace la obsesión por la seguridad, ya que todo y todos pueden ser una amenaza. Esta sensación convulsiona el sótano mismo de una organización social, que nace para exorcizar los peligros colectivos, y nos instala en la inseguridad. Algunos analistas intuyen que “es el final de la civilización de la seguridad y de la autocomplacencia generada en las sociedades desarrolladas occidentales de la segunda mitad del pasado siglo” (TERTSCH Y SANDOVAL) Se ha globalizado el miedo y se ha perdido aquella

seguridad, que se daba por supuesto gracias a los avances tecnológicos.

Ha golpeado seriamente la **confianza en las instituciones** encargadas de administrar las amenazas, como es el sistema político. Se consagra así una sociedad de la desconfianza, de la inseguridad y de la impotencia ante la potencialidad destructiva de los riesgos. Sucede, entonces, la deslegitimación de las instituciones que gestionan los riesgos.

Se han paralizado los generadores psicológicos de la esperanza, que estaban vinculados a la forma de vivenciar el futuro. El miedo, que causan los riesgos, genera la incertidumbre acerca del **futuro** e incluso con respecto a los objetivos esenciales. Esta incertidumbre planea hoy y hace dudar incluso de los objetivos militares en el actual conflicto mundial. ¿Para qué sirve? Vivimos bajo el síndrome de que todo puede empeorar, de que todavía no hemos conocido lo peor. Cuando se dice que “a mí me da más miedo lo que pueda ocurrir que lo que ha ocurrido”, se significa la orientación misma de las expectativas con respecto al futuro.

El miedo, que se ha escenificado el 11 de septiembre, sitúa el horror en otro contexto ya que concurren simultáneamente elementos propios de los peligros y elementos propios de los riesgos. Los peligros pueden bombardearse con armas, pero el odio, el fanatismo, la desesperación o la humillación requieren de otros medios, exigen moverse tanto unos como otros. El mundo deja de dividirse entre la zona de la seguridad y la zona del peligro, una para los rebeldes y otra para los agentes de la ley, una para los verdugos y otra para las víctimas. Los portadores del terrorismo no están sólo en Afganistán, Irak, Somalia o Sudán; están aquí, en Occidente, en París, en Madrid o en Marbella; están agazapados detrás de cada esquina, detrás de cada ciudadano aparentemente decente. Los peligros pueden bombardearse con armas, pero el odio, el fanatismo o la desesperación requieren de otros medios. La última isla, que podía presumir de su autismo, está uniéndose al mundo a causa de los últimos acontecimientos, buscando consensos, que antes ignoraba, reclamando alianzas que antes despreciaba, integrándose en consejos mundiales que antes humillaban. Si ante los peligros, puede tener razón el presidente BUSH cuando anuncia que el “gran poder de los EE.UU se hará sentir”, los riesgos sin embargo trascienden constantemente el ejercicio del poder.

Los nuevos riesgos se disuelven por todo el cuerpo social y ha borrado la necia imaginación maniquea del bien contra el mal. El terrorismo, como emblema de los nuevos riesgos, lleva en sus pliegues una multiplicidad de nacionalidades, no reconoce ninguna frontera ni respeta lugares.

Finalmente, el miedo ha generado la obsesión por la seguridad, que ha distorsionado las agendas de los gobiernos y desplaza las preocupaciones de los ciudadanos hacia su propia seguridad, como si las energías sociales se focalizan hacia la preocupación por la supervivencia, real o ficticia. Y de este modo, el miedo se utiliza para borrar la política en la conciencia de la gente, ya de por sí suficientemente despolitizada. En tiempo de miedo, se puede aumentar los presupuestos militares, sin discusión, se puede reducir los gastos sociales sin consulta, se puede aceptar los estragos chechenos con el silencio general, se puede aumentar el poder de la policía sin la sorpresa general, se puede otorgar poderes extraordinarios al presidente como una condición de la seguridad. Los atentados de Nueva York han desplazado a la retaguardia informativa las tragedias escondidas como la hambruna de Centroamérica, la pobreza en América Latina, el abandono de África, las torturas del Cáucaso.

El miedo asfixia definitivamente la esperanza porque anula el sentido crítico e impide analizar lo que hicimos mal y corregirlos. La energía se destina a la creación y al pensamiento, se destinan a la destrucción y a la muerte –o a tratar de defenderse de una y de otra. “A veces tengo la tentación de que la mayor parte de las energías se dedican a conservar lo que ya existe, escribe el escritor israelí, David GROSSMAN (El PAIS 21-10-2001)

### *El miedo al extranjero*

El miedo y la desconfianza han creado la figura del extranjero como la densificación de los peligros potenciales. Se ha producido un ambiente de odio contra grupos étnicos que se manifiesta bajo diversas formas: insultos y amenazas que hielen la sangre, pintadas que anuncian su suerte inmediata a coros policiales, incidentes con gente con pinta de ser de Oriente Próximo, intolerancia y

pasión colectiva. El exceso de miedo produce mecanismos de defensa, no es el peor lo que sucede en torno a musulmanes y árabes, de quienes una 49% de estadounidenses piden que deberían llevar una identificación especial y el 58% exige que deberían ser objeto de controles de seguridad especial.

La neurotización de la vida cotidiana está servida; no sabemos si se puede acampar en un camping, no se deja jugar al niño en el jardín, no se puede salir de casa ni comer en un restaurante.

Ante el inmigrante económico, se produce el pánico que nace de la amenaza de perder lo que uno cree que le pertenece, es “el terror muy propio de nosotros, los que vivimos bien, ante cualquier amenaza que pueda ponernos al nivel de quienes siempre viven mal”. Cuando luchan el que tiene mucho que perder y el que está dispuesto a morir, “puede que éste acabe siendo mas fuerte, aunque esté peor armado” (GONZALEZ FAUS. La VANGUARDIA 27-9-2001)

Con un elemento añadido, que cuando los ricos pierden su seguridad, la perdemos todos y cuando los pobres la perdieron les afectaba sólo a ellos. Cuando los ricos sufren, hay un luto general, si los sufrientes son los pobres, el duelo se reduce a ellos.

### ***Círculos virtuosos***

El compromiso por la salud ha de abrir también este segundo escenario que tiene que ver con el ambiente de proximidad, con las relaciones de amistad, con la reconstrucción del entramado relacional y los factores ambientales de la vulnerabilidad. Nuestro compromiso con la salud ha de recuperar la implicación comunitaria, que se despliega en organizaciones solidarias, movimientos sociales y apoderamiento ciudadano de las instituciones.

El compromiso con la salud impone como tarea activar entornos afectivos, reconstruir el medio ambiente interhumano, recrear las redes de dependencias afectivas y el entorno comunicativo.

El secreto de la curación consiste en volver a dar al enfermo una significación social. La experiencia religiosa del Nuevo Testamento vio en el tacto el símbolo de la transgresión. En una sociedad que evitaba el contacto con leprosos, paráliticos, ciegos y mujeres con flujo de sangre, “poner las manos” sobre los cuerpos heridos significaba ser un proveedor de salud. Era una invitación a traspasar límites: los límites de lo puro, tocando y dejándose tocar por los portadores de impureza; los límites de la salud, tocando y dejándose tocar por los portadores de enfermedad; los límites de lo convencional, tocando y dejándose tocar por los poseídos por espíritus inmundos. Los que tocaban a Jesús eran los excluidos de la vida social y religiosa, los humillados y condenados a una existencia al margen de su círculo familiar, relacional, laboral y religioso; ellos representaban los lugares malditos, que no se podían visitar ni franquear sin perder la pureza. Tocar y ser tocado es la expresión máxima de la superación de la doble exclusión: la enfermedad y la ruptura social.

## **III.- ECOLOGIA DEL ESPIRITU E IDEOLOGIA DEL CONQUISTADOR**

El tercer escenario de la salud alude a los cambios culturales, que se sustancia en la ecología del espíritu. Una vida saludable es aquélla que tiene las tres hambres esenciales: el hambre de pan, que puede saciarse; el hambre de compañía, que debe cumplirse y el hambre de Dios, que es un hontanar que sangra permanentemente.

Hay una atmósfera cultural, que afecta a la personalidad, destruye los dinamismos vitales y produce las patologías de la subjetividad: la falta de confianza en sí mismo, la inseguridad e incapacidad de lucha, la crisis de identidad personal y de autoestima.

### ***La salud y la enfermedad como acontecimiento personal***

La salud está influida por las experiencias vitales y por los climas culturales. Así por ejemplo, cualquier cambio en la imagen de la mujer o en el canon de belleza repercute sobre la salud. Es suficiente que una cultura cambie de canon de belleza para que se produzcan unas patologías específicas. La delgadez en el norte es signo de belleza, en el sur es un producto del hambre. El

hambre es la enfermedad de los pobres y la dieta la enfermedad de los ricos. En ambos casos se pone en peligro la vida; pero mientras la primera sólo afecta a los muy pobres, que mueren de hambre, este último trastorno de la alimentación es una enfermedad de la opulencia, completamente desconocida en países donde la comida escasea.

Nuestro compromiso con la salud exige hoy favorecer la revolución de las expectativas sociales y de los deseos colectivos. El analista alemán Hans Magnus ENZENSBERGER ha observado que los lujos del futuro están cambiando de dirección: ya no consistirán en el acopio de objetos superfluos y en su exhibición, sino que los nuevos privilegios serán disfrutar de bienes aparentemente muy básicos, pero escasos, como el tiempo, el espacio, la tranquilidad, un entorno saludable, o la seguridad.<sup>9</sup>

La sociedad industrial se ha construido sobre el mercado de lo superfluo, con la consiguiente dictadura de las marcas. En el interior de esta superabundancia de objetos, aparecen síntomas de un cambio de tendencia. "En la época del consumo desenfrenado, lo escaso, lo raro, lo caro y lo codiciado, no son los automóviles ni los relojes de pulsera de oro, tampoco las cajas de champán o los perfumes -cosas que pueden comprarse en cualquier esquina-, sino las condiciones de vida elementales como la tranquilidad, el agua pura y el suficiente espacio".

Frente al despilfarro, la renuncia; frente a la abundancia, la escasez. Hoy los ricos en dinero suelen ser muy pobres en bienes esenciales como el tiempo, la seguridad o la tranquilidad; viven aprisionados por una agenda sobrecargada, sufren la esclavitud de estar siempre localizables por el teléfono móvil, no disponen de tiempo para contemplar la naturaleza o hablar con sus hijos a causa de la carrera desenfrenada por la posesión de dinero.

### ***La ideología de la dominación***

Hay unos estilos de vida que socavan y amenazan una vida saludable. En los países occidentales, hay cuatro tipos de dolencias que causan alrededor del 70% de las muertes y todas ellas tienen su origen en el estilo de vida: las enfermedades cardiovasculares, el cáncer, las enfermedades pulmonares y los accidentes de tráfico.

Estas enfermedades están relacionadas, especialmente con la ideología de la dominación y la exaltación del bienestar, que están en la base del ritmo agitado de vida, en la falta de descanso suficiente, en la insensibilidad ante el dolor ajeno y ante el éxito personal.

Es una ideología que impide asumir de manera responsable la vertiente dolorosa de la vida: el deterioro del organismo, la vejez, la enfermedad crónica, las desgracias, el fracaso, la soledad; nos rompemos ante el sufrimiento inevitable de la existencia humana. Valora el sano frente al enfermo, el joven frente al anciano, el fuerte frente al débil; olvida realidades tan humanas y decisivas como la enfermedad, el dolor, la vejez o la muerte.

Incluso el concepto culturalmente correcto de salud está moldeado por el concepto de bienestar. Bueno es lo que produce bienestar y malo es lo que causa malestar. Se olvida que una vida auténticamente humana exige muchas veces lucha, renuncia, sacrificio, entrega abnegada..., experiencias que no dan bienestar. Y al contrario, hay un bienestar que no es sano: el que produce la alimentación excesiva, el uso indebido de drogas o el que se produce olvidando el sufrimiento de los débiles y escamoteando el problema de la enfermedad, el sufrimiento, la injusticia destructora o la muerte.

La ***idolatría de la salud*** es la consecuencia de la civilización del bienestar. La salud es el primer valor en todas las encuestas, por encima de la paz y la justicia; se cuida de manera obsesiva y todo sacrificio es poco para mantenerse en forma: para muchos, el cuidado de la salud se ha convertido en el único objetivo de su vida. De este modo, se convierte la salud en artefacto y mercancía, que

---

<sup>9</sup> ENZENSBERGER, H. M.: Reminiszenzen an den Überfluss. Der alte und der neue Luxus. en *Der Spiegel*.51 (1996), 108-116

puede ser fabricada, adquirida y comprada como un bien de consumo, en los gimnasios, deportes, chequeos y masajes.

### *La plaga de la indiferencia*

Se ha consagrado una sociedad de artefactos, de mercancías y de soledades anónimas. Rodeados de artefactos, vivimos la *plaga de la indiferencia*, que ha quedado consagrada por el actual clima neoliberal que permite destruir las estructuras colectivas, exaltar las capacidades individuales y hacernos indiferentes ante el sufrimiento humano. Hace unos días, saltaba a la prensa una noticia escalofriante y emblemática de este tipo de sociedad : una persona se mantuvo durante cinco horas sentada en el metro de Nueva York, rodeado de gente anónima, que no percibía que estaba muerta a causa de un infarto. En el interior de esta gigantesca maquinaria anónima, aquel hombre era un simple engranaje, que nadie recordaba. Los excluidos del Norte y los marginalizados del Sur son cada vez más una lejanía sin rostros.

Asimismo, asistimos a un asalto sistemático contra las estructuras colectivas; todo aquello que es un dique al individualismo, a la competitividad y al mercadeo ha quedado devaluado. De este modo, el mundo se convierte en un objeto de conquista y a los otros en ocasión de dominio. Como el guerrero de ayer, el ejecutivo global de hoy son conquistadores incapaces de sentir y de amar; neutralizadores de sentimientos y de convicciones, se mueven por afán de éxito y deseo de acumulación: contabilizan su cuota de poder y su capacidad adquisitiva, sacraliza su ambición y equipara el sentido de la vida al éxito; blindado en su propio autismo, sólo se comunica con el móvil y le resulta suficiente llevar la tarjeta de crédito para que nadie se le resista.

Amanecen unos nuevos amos que ya no se someten al sufragio universal, ni a las reglas de juego nacionales; la democracia ya no se ha hecho para ellos y permanecen indiferentes a conceptos como el bien público, la felicidad social y la igualdad. Ha nacido una nueva ortodoxia y unos nuevos comisarios ideológicos, que definen lo que es económica y políticamente correcto. El recetario del globalismo puede enunciarse así: todo lo que es colectivo es perverso ya que impide el crecimiento y la acumulación de riqueza.

La última expresión de la dominación amenaza corromper la misma ayuda. Se humilla cuando se da por benevolencia aquello que alguien tiene derecho a recibir; cuando se le sustrae su capacidad de decidir; cuando se condiciona la ayuda a comportamientos individuales que pertenecen a la intimidad libre... Y qué decir sobre el potencial humillante de la *burocracia*: cuando ves sangrar la necesidad y sientes cómo tarda la resolución; cuando obligamos a mentir para conseguir una ayuda; cuando sometemos la necesidad humana al tiempo de la Administración... Una sociedad saludable pide la reforma urgente de la Administración sanitaria.

### *Círculos virtuosos*

La salud humana solicita una relación fraternal y solidaria entre los humanos. A la cortesía con lo creado, hay que añadir la ternura de las relaciones, que no consienten bien ni la explotación ni la dominación, ni las desigualdades tan brutales ni las humillaciones. Con instituciones, métodos y estrategias humillantes, nadie podrá promover la salud.<sup>10</sup>

La ecología del espíritu se asienta sobre el reconocimiento de la dignidad. Nadie lo expresó con más contundencia que la tradición bíblica, cuando puso la curación en relación con el nombre. Le tocaban a Jesús y él sólo curaba después de preguntar por el nombre.

El compromiso con la salud es un acto de **reconocimiento** de las potencialidades de los seres humanos, que trastorna radicalmente la relación de dominio.. Nada horroriza tanto a los excluidos como habitar en un lugar en que se desconfíe de ellos y se les retire su propia posibilidad de participar. La dirección de la ayuda no va en una única dirección, como si los empobrecidos fueran sólo simples

---

<sup>10</sup> MARGALIT, A.: *The decent Society*. Harvard University Press. Cambridge, 1996

magnitudes negativas; la ayuda que se les da envilece, tanto al que da como al que recibe.<sup>11</sup> Don Helder Cámara, el profeta de los pobres, no se cansaba de repetir en sus peregrinaciones por el mundo: "Nadie es tan rico que no pueda pedir, como nadie es tan pobre que no pueda dar".

El símbolo de la comensalidad es el capital social del reconocimiento. Quien come en la mesa de Dios, puede comer en cualquier mesa; a quien es aceptado como comensal por Dios, nadie le puede negar su dignidad. Con la Mesa compartida se representa la ecología de la salud. En la mesa es donde Jesús otorgó dignidad personal a las mayorías populares de su tiempo. Les devolvió autoestima, con lo que superaban la impotencia que sentían y el desprecio a que eran sometidos. La buena noticia que introduce el cristianismo en la historia y que traduce socialmente la buena noticia de la persona de Jesús, es el poder sentarse a una única mesa los que durante siglos habían estado separados: pobres, paganos, esclavos, mujeres, los despreciados de Israel y los marginados del Imperio. Esta apertura universal y su capacidad de interacción cultural y social es una de las razones que explican la rápida difusión del cristianismo. Por algo decía el mártir Rutilio GRANDE: "Cristo quiso significar el reino en una cena: una mesa compartida en la hermandad, en la que todos tengan su puesto y su lugar. Cada uno con su taburete y que para todos llegue la mesa, el mantel y el conque".<sup>12</sup>

No se lucha contra la exclusión en mesas separadas, ni encerrándoles en espacios propios o en guetos espaciales, ni con leyes específicas de pobres, sino universalizando la salud, la educación, la vivienda, el trabajo, la cultura, la justicia, la formación, la protección de la familia y de la infancia. Se trata de garantizar el acceso a la mesa compartida de los derechos fundamentales de todos los que están privados de ellos. El evangelio -la buena noticia- hoy, como subraya Jon SOBRINO, es la construcción de la mesa compartida (p. 313).

Basta que las políticas de inmigración, en lugar de construirse sobre el concepto de legales e ilegales, se piensen sobre la dignidad del inmigrante, para desmontar todos los simulacros. Una dignidad que se afirma absolutamente; en palabras de LEVINAS, "no procede de tal o cual etiqueta institucional prestigiosa, sino de la desnudez de su rostro. Un rostro que recibe el sentido de sí mismo. Un rostro que me habla y me llama a responder".<sup>13</sup>

Y en la mesa compartida se activa el *amor incondicional*, la única relación que resulta *incluyente* ya que ama sin condiciones ni presupuestos lo que no tiene valor, lo que puede repugnar y ni siquiera tiene rostro humano. El don resulta, así, absolutamente gratuito, asimétrico y, en consecuencia, universalizable y de este modo recrea la salud porque posee **características maternas**, en la medida que siente compasión por el que fracasa y recoge lo que se perdió, le envuelve en su caída, e impide que ésta sea completa e irremisible. Como aquella mujer de las comunidades indígenas de Guatemala, "quiere más al hijo enfermo mientras está enfermo, al ausente mientras está de viaje, al pequeño mientras es pequeño". Y al hacerlo, activa un proceso de liberación que es profundamente terapéutico.

Finalmente, el compromiso con la salud recupera la tradición comunitaria, esa energía que se cultiva en contacto con las fuentes de la vida, y es capaz de recrearla, como intuyó el gran poeta peruano César VALLEJO, al escribir "si a la hora de la muerte de un hombre, se reuniese la piedad de todos los hombres para no dejarle morir, ese hombre no moriría".<sup>14</sup>

Al final de la batalla,  
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre  
y le dijo: "no mueras, te amo tanto!  
Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.

<sup>11</sup> PIEL, G.: *Only One World: Our Own to Make and to Keep*, Freeman, 1992. Cfr. SEN, A. La explosión demográfica. Mitos y realidades, en *Letra internacional* 37 (1995), pp. 6 y 8

<sup>12</sup> AGUIRRE, R.: La mesa compartida, en *Revista Latinoamericana de Teología* 35 (1995), p. 154  
SOBRINO, J.: *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*. Trotta, Madrid 1999, pág. 312; CARRANZA, S.: *Romero-Rutilio. Vidas encontradas*. San Salvador, 1992, p. 120

<sup>13</sup> LEVINAS, E.: *Le temps et l'autre*. PUF. 1994 (3ª ed.), p. 83

<sup>14</sup> VALLEJO, C.: *Masa*, en *Obras completas*, p. 635

Se le acercaron dos y repitiéronle:  
“No nos dejes! !Valor! !Vuelve a la vida!  
Pero el cadáver, !ay!, siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,  
clamando:” Tanto amor y no poder nada contra la muerte!”  
Pero el cadáver, !ay!, siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,  
con un ruego común: “¡quédate hermano!”  
Pero el cadáver, !ay!, siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra  
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;  
incorporóse lentamente,  
abrazó al primer hombre; echóse a andar.

XIII SEMANA DE TEOLOGÍA PASTORAL  
Organizada por el Instituto Superior de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca  
Madrid, 29-31 de enero de 2002